

profesores en la plaza de Bellecour de Lyon presenciando la revista militar pasada por Bonaparte.

*
**

Durante el invierno de 1802 sólo contiene el diario las impresiones de una alma que continuamente se perfecciona por medio del examen de ella misma y que lucha continuamente contra las debilidades que le acosan.

XLIV

El 17 de Abril, nuestra madre vuelve al campo y recibe algunas cartas de España.

*
**

He recibido estos días una carta de mi madre anunciándome su llegada á Barcelona (España). Me dice que durante el viaje ha sufrido muchos contratiempos, entre otros una tempestad en la travesía de Liorna al puerto de Rosas, que duró tres días. Momentos después de haber desembarcado en Rosas, se fué á pique el buque que las había conducido.

La entrevista entre la señora duquesa de Orleans y su hija ha sido muy tierna: Once años hacía que la Revolución las tenía separadas.

No me dice mi madre cuando volverá á Francia.

XLV

5 de Septiembre de 1802

La causa de haber interrumpido por tanto tiempo

este diario, ha sido porque el día 18 de Agosto hube de guardar cama á consecuencia de haber dado á luz una niña, la cual estoy criando yo misma del mismo modo que hice con sus hermanos. Ha venido mi hermana para asistirme.

Hemos establecido en casa la costumbre de rezar todos juntos: amos y criados. Esto ha de ser de mucha utilidad, si se quiere que sea la casa según la escritura dice: *Una casa de hermanos*. La comunión de amos y criados arrodillados ante Dios, que no distingue entre pequeños y grandes, levanta el espíritu á elevadas regiones, llamando á los unos á la igualdad cristiana y á los otros al fiel cumplimiento de sus deberes religiosos y morales.

*
**

7 de Septiembre

Mi madre está de vuelta á Paris, y ya ha salido de España.

XLVI

2 de Octubre

Me encuentro en Saint Pont desde ayer, en compañía de Alfonso, Cecilia y Eugenia: durante el viaje, los niños se han divertido mucho. Alfonso, particularmente, estaba embrigado de alegría al verse caballero en una mula.

Hemos cogido las uvas del emparrado, con las cuales sacaremos dos toneles de vino. Mi esposo ha comprado unas fincas con el dinero que su hermano le ha prestado. Estas fincas han costado cincuenta mil francos. ¡Dios quiera que hagamos fortuna para poder llegar á nuestros hijos una pequeña posición que les permita vivir sin privaciones!

Tengo en mi poder las *Confesiones de San Agustín*, libro que estimo muchísimo: esta mañana he visto con placer que Alfonso lo estaba leyendo.

XLVI

28 de Octubre

Con la mayor tristeza, he vuelto á acompañar mi Alfonso á Lyon. Mi madre me ruega, en todas las cartas que me escribe, que vaya á consolarla: se encuentra en Rieux, pequeño pueblo junto á Montmirail. A su regreso, ha encontrado todos sus asuntos tan embrollados, que la pobre esta disgustadísima. Iré sola, porque no quisiera agravar sus gastos: fuera muy mal hecho el que yo favoreciera mis comodidades mientras mi madre sufre acaso la pérdida de sus bienes.

Con el objeto de emprender el viaje con entera libertad, he dado á criar mi pequeñita á una robusta aldeana de Milly. El viaje que voy á emprender es largo, pero me siento tan ágil como si tuviera quince años. Ayer fui á oír misa á Bussieres é hice el camino á pie: aunque el trayecto es largo y malo, y el tiempo estaba lluvioso, no sentí molestia alguna. Recuerdo mis buenos tiempos de niña y los paseos que hacía en compañía de mi padre y de mi hermana desde el castillo de Saint Cloud al de Mendou.

Ha muerto mi pobre tía, mi institutriz durante los años de mi infancia. Estoy preocupada por la suerte de la anciana Jacqueline, su camarera y mi segunda madre: temo habrá de encontrarse, después de la muerte de mi tía, completamente sola y en la indigencia acaso.

Yo desearía recogerla en mi casa, pero la familia se opone á ello, y mi marido teme con sobrada razón agraviar á sus hermanos, de quienes dependemos, pero me ha propuesto que podemos pagar secretamente una pensión á la pobre Jacqueline, con la cual podrá la viejecita estar al abrigo de la miseria y la soledad. Yo bien quisiera atender á esta mujer como ella seguramente me atendería á mí si me encontrase en su lugar; pero haré cuanto pueda en su favor, librándola desde luego de la indigencia y proporcionándole cuantas comodidades permitan mis cortos recursos.

XLVIII

17 de Diciembre de 1802.

Alfonso se ha fugado del colegio con dos de sus compañeros. A unas seis leguas de Lyon los han alcanzado.

Comprendo que la sujeción del colegio se le hace insoportable, y esto me tiene disgustadísima. La independencia de carácter de mi hijo me espanta. Procuraré que escriba á su padre pidiéndole perdón por la falta que ha cometido.

Todos los días leo las *Confesiones*, que procuro imitar en lo posible: procuraré hacer como Santa Mónica, rogando sin cesar por mis hijos.

XLIX

14 de Enero de 1803.

He llegado ayer á Rieux, después de un viaje muy penoso y de haberme detenido en París algunos

días. Desde Coulomiers á Rieux he tenido necesidad de hacer el viaje montada en un caballo de alquiler, conducido por un muchacho. Hacía un viento norte muy frío y no creo que en Siberia pueda sufrirse tanto como yo he sufrido al atravesar aquellos montes nevados.

¡Qué alegría ha tenido mi pobre madre al verme!

Ya estoy insalada en mi querida casita de Rieux, donde he pasado tantos veranos durante mi infancia; pero en estos lugares no se encuentra aquello que en otros tiempos los vivificaba. Al lado de mi madre olvido todas las penas. La pobre está muy desfigurada, efecto sin duda de los disgustos que ha sufrido en viajes y destierros. Ella disfruta contándome muchas cosas interesantes que se refieren á nuestra familia, y á los viajes que ha hecho acompañando á las princesas. Me admira su resolución, su prudencia ante los grandes peligros y su cautela y firmeza en los actos que realiza. Está muy vieja ciertamente, pero conserva en su espíritu la juvenil frescura de otros tiempos. Es muy sensible encontrarse á su edad en la precaria situación que ella se encuentra. Yo quisiera ser bastante rica para restablecer su fortuna; pero es muy poco lo que puedo distraer á las atentaciones de mis hijos. Deseo consignar en este *diario* cuanto ella me cuente de notable.

Ayer me dijo que nuestra familia descende de Vivarais y que una joven de Roys tiene aún como heredera de la rama principal de la casa el feudo de Rubec, en Montfaucon. Después de la actual poseedora, este feudo debe pasar á mi madre: acaso entonces pueda vivir con más desahogo. Por falta

de recursos se ha visto obligado á suprimir la camarera, y á su edad esto es muy penoso. Siempre me acuerdo de sus privaciones cuando pretendo quejarme de mi suerte.

¡Qué Dios auxilie á esta pobre anciana!

.....
Mi madre me ha contado esta noche muchas cosas referentes á Mme. de Reynière, viuda de su arrendador y algo parienta nuestra.

M. de Orsay, también pariente nuestro, contrajo matrimonio con una princesa alemana, parienta del rey de prusia: un hijo de este matrimonio se ha casado con una princesa italiana.

Durante estas conversaciones sostenidas juntas al hogar, recuerdo las personas con quienes he vivido durante mi infancia y de las cuales quedan muy pocas, después de la terrible sacudida revolucionaria.

Quiero dejar aquí consignada una anécdota muy original relacionada con Juan Jacobo Rousseau y la mariscala de Luxemburgo, con la cual mi madre estaba unida muy íntimamente.

Era la mariscala de Luxemburgo amiga de Rousseau: por casualidad, supo aquella que la mujer con quien éste vivía estaba encinta: sin duda, creyendo que Rousseau no quería mandar este nuevo hijo á la Inclusa, como había hecho con otros, dirigióse á M. Trouchin, de Genova, amigo de Rousseau, y le encargó que tan pronto la criatura viniera al mundo hiciera los posibles por mandársela para ella encargarse de su cuidado. M. Trouchin habló de este asunto con su amigo Rousseau, quien al parecer consintió en que la mariscala fuera satisfecha en

sus deseos, los cuales fueron muy del agrado de la madre de la futura criatura. Tan luego esta buena mujer dió á luz, avisó á M. Trouchin, el cual presentóse en seguida en la casa, donde le mostraron un hermoso niño. Quedaron convenidos para el día siguiente en hacerse cargo de la criatura, pero tan pronto hubo salido M. Trouchin, su amigo Rousseau, embozado en un capote de paño obscuro, se aproximó al lecho de la recién parida y, á pesar de sus lágrimas, cogió él mismo á su hijo y se lo llevó al hospicio, perdiéndolo para siempre, pues ni siquiera le puso al entregarlo marca de reconocimiento.

Aquí tienes hija mía, dijo mi madre, el hombre sensible como dicen las gentes.

¡Insensato le llamo yo, cuya enfermedad cerebral le ha destrozado el corazón!

Si el genio no es acompañado del buen sentido, no es genio, es locura; buena prueba de ello son el Tasso y Rousseau.

Si Dios nos envía el genio, bien venido sea, pero una madre solamente debe desear para sus hijos el buen sentido.

* * *

Está nevando copiosamente y hace un frío intensísimo. La campiña se halla cubierta de nieve. Paso el rato leyendo á Tácito y otros historiadores de la antigüedad que tanto gustan á mi madre.

Seguramente, que estas aficiones de mi madre debieron nacer á consecuencia de su trato con los filósofos y literatos que en otro tiempo frecuentaban sus salones.

Mi madre tiene en compañía un sacerdote; llá-

mase este venerable abate Chauveau y es hombre de mucho mérito. Esta mañana nos ha dicho misa. En el templo había un bantizo y esto me ha recordado á mis pobres hijos: los bautizos me enternecen siempre.

He visitado hoy á una pobre mujer recién parida, enferma y sin recursos. Al reflexionar sobre su miseria y las atenciones de que yo me hallaba rodeada, he tomado la resolución de no regatar nada, alimentos, ropas, leñas, dinero, todo en fin cuanto pueda facilitar con mis economías á esta pobre mujer.

¡Cuánto se sienten los ajenos sufrimientos cuando uno los ha probado! Es muy buena la caridad que se ejerce indirectamente, pero resulta más eficaz aquella que se hace frente á frente, de corazón á corazón! Que Dios me inspire con frecuencia en estas resoluciones, y no permita que olvide el cumplimiento de mis deberes!

La noche pasada, he leído á Tácito. Este historiador me entretiene y casi edifica con sus narraciones; los otros solamente me instruyen. Tiene mi padre una biblioteca rica en libros de historia; por fortuna no hay ni siquiera una novela.

Mi madre ha escrito hoy una carta á Mlle. de Orleáns, que se encuentra en España, y ha querido que yo también le escriba dos renglones. Después de esto, hemos salido á paseo y llegado hasta Montmirail visitando al mismo tiempo los amigos de la familia. En este pueblo nos han hablado muy bien de los señores de Larochevoucauld-Dondeau, que tienen aquí un castillo en el cual reparten abundantes limosnas á los pobres de la comarca. No hace

muchos días que estos señores han perdido la única hija que tenían; solamente les queda un hijo que según dicen es un guapo mozo de dieciocho años (hoy duque de Larochevoucauld) del cual se cuentan rasgos de bondad con los aldeanos de estas cercanías,

Ha llegado ayer mi desgraciado hermano y hecho las paces con mi madre. Todo le ha sido perdonado y parece en su aire muy formal. Nos ha dicho que desea marchar á Inglaterra donde mi madre lo recomendará á los principes de Orleáns, que estoy segura harán por él cuanto puedan.

L

Vuelve mi madre á Milly durante la primavera y expresa en su *diario* la alegría que experimentó al ver de nuevo á su marido y sus hijos. Después pasa á Lyon para informarse de los motivos que tuvo su hijo para escaparse del colegio, tomando después de esto la resolución de que termine sus estudios en otra casa algo más religiosa y paternal que la que en la actualidad se encontraba.

*
**

Sigue el diario

Ayer hice en Lyon algunas compras de telas para arreglar mi cama; he gastado poco, pues no quiero gastar lo superfluo mientras hay quien carece de lo necesario.

Estos días se habla mucho de la guerra con Inglaterra mi hermano me ha escrito desde allí diciéndo-

me que está muy bien colocado; pero si la guerra se declara, ¡quién sabe cual será su suerte!

*
**

Hoy he comprado un libro nuevo que he leído esta noche; se titula *Genio del Cristianismo*; está escrito por M. de Chateaubriand. Yo no sé si seré competente para juzgar esta nueva obra, pero me encanta su lectura.

*
**

Siguen tres meses cuyas fechas llenan el *diario* con detalles domésticos y exámenes de sus faltas.

LI

Belley, 23 de Octubre de 1803

He podido conseguir de mi marido y de mis hermanos, permiso para trasladar á mi Alfonso del colegio de Lyon al de los Jesuitas establecido en Belley, al lado de la frontera de la Saboya. Yo misma le he acompañado; y después de haberlo dejado bajo la confianza de los padres, he llorado mucho.

LII

27 de Octubre

Esta mañana he visto á mi hijo desde las rendijas que hay en la cerca del patio del colegio. ¡Pobrecito! Estaba allí en medio de sus compañeros y á pesar de esto lo he distinguido en seguida. El también me ha visto y ha venido á decirme que estaba

muy contento con sus nuevos maestros y condiscipulos.

He visitado al abate Montuzet, antiguo prior del capítulo de canonesas de Salles.

Al anochecer he partido hacia Mácón y al pasar por frente al colegio de los Jesuitas, he visto á los colegiales y oído sus gritos alegres: por fortuna mi hijo no ha salido á la verja para ver pasar el coche; yo me alegro mucho, porque hubiéramos tenido un disgusto grande y no conviene enternecer demasiado el corazón de estos niños que mañana serán hombres y necesitarán en ocasiones dureza de corazón para sufrir las adversidades de la suerte.

Yo he llorado mucho durante el día de hoy.

LIII

29 de Octubre

A mi llegada á Mácón, he recibido tristes noticias de mi pobre madre. Mi hermano se ha visto obligado á dejar el empleo que tenía en Inglaterra, con motivo de la guerra, y otra vez vuelve á ser una pesada carga para mi madre que está vendiendo lo que resta de nuestra posesión de Rieux para pagar las deudas adquiridas durante sus viajes.

.....
Mi hermana me escribe también diciéndome que está muy contenta porque Mlle. de Villars le ha prestado sin interés alguno y á devolver cuando pueda, mil escudos; esto le ayudará en sus apuros. Mlle. de Villars cumple sus votos de pobreza á pesar de haverle relevado de ellos la Revolución y el Papa al abolir el capítulo. Ella reparte su numerosa

fortuna entre su familia y las antiguas compañeras pobres del capítulo de Salles y pasa pensiones vitalicias á seis ó siete de ellas que se encuentran en mayor necesidad. No falta quien critica lo económica en que vive pero Dios y los pobres la bendicen diariamente.

LIV

6 de Marzo de 1804

Hoy hace catorce años que tuve la suerte de casarme con un hombre cuyo corazón es el de un ángel. Siempre me figuré que era generoso y caballero, pero ignoraba que estas condiciones llegaran á la perfección. Solamente vive para mí y para sus hijos, aunque algo inquieto por las dificultades que le ofrece nuestra escasa fortuna para sostener una familia tan numerosa. Yo rogaré á la providencia que nos asista, y procuraré por mi parte aliviar su pena. Confío en Dios, y esta es sin duda mi única virtud; pues reconozco, por lo demás, las imperfecciones que tengo.

Para solemnizar el aniversario de mi matrimonio, he mandado á mi hermano veinte luises de oro; para ello he hecho un sacrificio, pero estoy muy satisfecha de haberlo verificado.

LV

16 de Marzo

Hoy he visto en el cementerio de Bussieres un cuerpo de mujer muy bien conservado, á pesar de haber transcurrido muchos años desde su enterramiento. Debió ser una hermosísima mujer á juzgar

El Manuscrito.—7

por las apariencias. Tiene en el dedo un anillo nupcial y un rosario engarzado en las manos. Parece que está dormida y espera de este modo el eterno despertar. Tengo para mí que debe ser una santa, cuyo cuerpo ha querido Dios conservar intacto para diferenciarle de los demás.

LVI

20 de Marzo

¡Triste de mí! ¡Qué día tan desgraciado el de hoy para esta pobre mujer! Al llegar hoy á casa he encontrado sobre la chimenea una carta de mi hermano dirigida á mi esposo: la he abierto (pues para ello estoy autorizada), y ¡oh Dios mío!... he leído en ella que mi hermano ha muerto de una manera trágica. ¿Qué será de mi madre ante esta horrible desgracia? ¡Dios mío! ¡Dios mío! Auxiliad á mi desgraciada madre y tened piedad de mi pobre hermano: perdonadle sus faltas, sed con él misericordioso.

Después de recibir tan infausta noticia, sólo he salido de casa para ir á la iglesia. Yo espero que mi hermano estará en el cielo, porque mi hermana me dice que ha muerto en el seno de la religión cristiana.

Estoy muy desconsolada y mi alma sólo encuentra alivio en aquello que la aproxima á la Divinidad.

.
Estos días hemos celebrado los funerales por el eterno descanso del alma de mi hermano. Me han acompañado á la iglesia cuatro de mis hijas. He llo-

rado al ver las muchachas del pueblo, vestidas de blanco, segun costumbre en estos casos, entonando cánticos tñebres y muchos jóvenes orando con gran recogimiento. Yo espero que Dios habrá oído las plegarias de estas buenos gentes, y se apiadará de nosotros y de mi hermano.

He tenido noticias de que mi madre sufre mucho: en París se ha creído que mi hermano estaba complicado en una conspiración contra Bonaparte. Yo no lo creo, porque ni medios ni voluntad tenía para estas cosas. Sin duda su regreso de Innlaterra ha despertado sospechas é inducido á este error, porque después de muerto han ido á registrar su domicilio y sólo han encontrado papeles que indicaban sus aficiones literarias.

LVII

21 de Marzo

Esta mañana he leído una novela de Mme. de Genlis, que se refiere á Mlle. de La Vallière. La novela tiene algo de histórico y está bien escrita, pero me parece su lectura algo peligrosa para la juventud. Por mi parte, me ha sugerido únicamente reflexiones sobre lo pasajero de las cosas humanas y la insuficiencia del poderío de la tierra para hacer feliz á un alma grande. Lo terreno no puede satisfacerle, y sólo en Dios encuentra reposo á sus agitacione.

¡Oh, Dios mío! Cada día siento mayor necesidad de consagrarme á Vos únicamente y de sacrificároslo todo. Mi alma, emanación de la vuestra es, y no puede encontrar la paz sin estar unida á lo que es su principio y fin.

¡Perdón, Señor!... Esta mañana he cometido un pecado. A una pobre muchacha que me ha pedido favor, le he contestado con desprecio y he sentido un poco de orgullo al hablar con ella. Me arrepiento de ello, y me impongo la obligación de servir y complacer en cuanto pueda á esta pobre muchacha. Este arrepentimiento y esta obligación que me impongo, debiera hacerlos cien veces cada día.

LVIII

24 de Marzo

Empiezan á encanecer mis cabellos. El tiempo se va y yo ignoro lo que he hecho de mi juventud. La eternidad me advierte que debo emplear los días que restan de estar en la tierra en hacer bien al prójimo.

LIX

Milly, 17 Junio de 1804

Estoy tranquila; he recibido carta de mi hermana, en la que me da mejores noticias de mi madre. Creo que está ya en completa convalecencia; habla asimismo de ir á vivir á Montmirail. Ayer mi marido recibió otra carta de mi hermana que me ha llenado de inquietud. Dice que en dos días la enfermedad de nuestra madre se ha agravado seriamente. Temo un fatal desenlace.

.....
Esta triste confirmación ha venido en el preciso momento en que Mlle. de Monceau y mis hijos iban á regalarme un ramillete. Tan infausta nueva ha envenenado el placer que semejante agasajo nos preparaba. Debía ir yo por lo tanto á comer á Mon-

ceau, pero no he querido ir, mandando sólo á mis hijos con su padre.

LX

¡Dios tenga compasión de mi madre! su gran caridad sus bondades y otras mil virtudes que ha practicado durante su vida, pueden haberla tranquilizado en estos momentos. Pero ¡ay! ¡era tan triste su situación! Muchas inquietudes y penas son otros tantos motivos de consuelo. Ha sucumbido á sus penas mejor que á sus años. La triste idea de que no he de volverla á ver en este mundo, me asusta cuando fijo mis ojos en la tierra.

Mi abuela vivió hasta los noventa y dos años, yo esperaba igual longevidad para mi madre. Parece que en su testamento, que no ha podido firmar, ha favorecido á mi hermana. Mi conciencia no estaría tranquila si se dejase de acatar semejante voluntad manifestada por ella aunque no escrita. No ha de haber dificultad alguna para que se cumpla, puesto que mi marido piensa como yo sobre este particular.

Escribo esta mañana á Mlle. de Orleans esta triste noticia, rogándola se sirva comunicársela cuidadosamente á la señora duquesa su madre.

Mi marido acaba de suscribir la renuncia que yo deseaba en favor de mi hermana. Esta va á comprar la finca de Rieux donde pasamos tan alegres días durante nuestra niñez.

LXI

14 de Septiembre de 1804

Me hallo en Belley, á donde he ido á buscar á

mi Alfonso para las vacaciones. Le he visto en el patio en cuanto he llegado; estaba tan emocionado como yo misma: ha venido corriendo y, tan pálido, que llegué á creer que iba á desvanecerse ¡Ah! ¡Cómo nos hemos abrazado los dos! ¡Pobre hijo mío!

Mañana ha de pronunciar un discurso, con motivo de los ejercicios con que los jesuitas tienen costumbre de manifestar en público los adelantos de sus mejores discípulos. Esto me preocupa tanto como si fuese yo quien debiese hablar.

*
**

Hay aquí una larga interrupción.

LXII

5 de Febrero de 1805

Hoy he asistido á una toma de hábito de religiosas hospitalarias, en el hospital de Mácón. En el discurso que en semejantes casos se acostumbra á hacer se ha dicho que las que entraban en la religión abrazaban, para toda la vida, un estado de mortificación y penitencia, y ceñían una corona de espinas á su cabeza. Yo he admirado mucho tanta devoción; pero he reflexionado sobre la de las madres de familia, que cumplen sus deberes, y creo que también se aproximan á Dios sin tomar el hábito religioso. Y debe calcularse que, cuando se casa una mujer, hace voto de pobreza, puesto que pone toda su fortuna en manos de su marido, de la cual no puede disponer sin su permiso. Hace también voto de obediencia á su propio marido y de castidad,

puesto que tampoco le es permitido dar oídos á la menor palabra amorosa de otros hombres.

Se consagra igualmente á la caridad, que ejerce al par y con su marido, sus hijos y sus criados, á quienes tiene obligación de cuidar en sus enfermedades, é instruirles, dandoles buenos consejos. No tengo, pues, nada que envidiar á las hermanas hospitalarias: yo también cuidaré de cumplir fielmente mis deberes, tan difíciles como los suyos y quién sabe si algo más. Estas reflexiones han endulzado mucho mi espíritu, y he vuelto á renovar ante Dios las juramentos que hice al contraer matrimonio, rogándole me conceda la gracia y fuerzas indispensables para cumplirlos exactamente.

LXIII

Domingo de Ramos de 1805

Reina por estos contornos un extraordinario bullicio con motivo de la próxima llegada del Emperador. Mi hermano se encuentra todavía á mi lado; ambas estamos muy inquietas porque se nos ha dicho que debemos dar alojamiento á Monseñor de Pradt, obispo de Poitiers, limosnero del Emperador, y más tarde arzobispo de Malines, tan célebre por su adulación y por su ingratitude con Napoleón después de su caída. Me desagrada tener que hospedar á semejante personaje.

LXIV

Lyón, 26 de Abril de 1805

Mi venida á Lyón ha tenido por objeto ver al Papa.

Estoy aquí en compañía de mi hermana. He visto al santo padre cuando paseaba por el jardín del palacio del obispo. Ayer estuve á oír la misa del Papa en la iglesia de San Juan; ví perfectamente todas las ceremonias, pero me costó mucho trabajo poder llegar hasta su trono para besarle la chinela; sin embargo, tuve por fin esta satisfacción. Este anciano tiene verdaderamente el aspecto de un santo, como también algunos de los prelados que le acompañan.

LXV

12 de Mayo de 1805

Aumenta nuestra fortuna: mi marido acaba de comprar la casa de M. de Ozenay; tiene un jardincito, y es muy espaciosa: la amueblaremos para habitarla este verano, Dios mediante.

Mi marido me entrega seiscientos francos mensuales y los frutos naturales que proceden de nuestras dos fincas, para sostener la casa y pagar el colegio de Alfonso, lo cual es más que suficiente. Cada día admiro más las prodigalidades de la divina Providencia para con nosotros.

Mi cuartito está muy bien arreglado, y cuantos nos visitan dicen que es muy bello. Comprendo que estoy demasiado bien en este mundo y que tengo mayores bienes de los que me pertenecen. He leído un tratado místico sobre la dulce virtud de la confianza, que me ha hecho un gran bien. Es el tesoro por excelencia, el dulce abandono á la voluntad celestial.

LXVI

20 de Agosto de 1805

El hermoso cuarto, en el cual estoy instalada des-

de ayer, será probablemente el último cambio de habitación que yo haga; en él moriré sin duda. (En él murió efectivamente.)

Alfonso llegó ayer. Me preocupó mucho por él y por sus hermanas, pues no veo medio de educarlos fácilmente. Sin embargo, cuando me veo rodeada de estas seis hermosas criaturas, me siento orgullosa y satisfecha! Ruego á Dios que me dé las luces necesarias al objeto de cumplir debidamente mis obligaciones con respecto á mis hijos.

LXVII

9 de Noviembre de 1805

Hemos venido á pasar unos días en el castillo de Monceau, propiedad de mi cuñado M. Lamartine, el ángel de la familia, y Mme. de Villars, nuestra Providencia, están con nosotros. Aquí se reúnen los vecinos más distinguidos, y entre ellos se encuentran M. Blondel, el abate Bourdon y el comendador Folin; cada uno de estos ancianos cuenta á porfía instructivas anécdotas. Llevamos una vida deliciosa; el tiempo es precioso y paseamos mucho; durante las veladas, se cuentan historias. Pero no estoy bien de salud: me ha salido como un fuego en la cara, y voy persuadiéndome de que mi tez se agosta; no he de ocultar que siento mucho esta fealdad. No obstante, si hay en ello humillación, puede ser que encierre una gracia que me aparte del mundo alejando de mí sus miradas. Me someto gustosa, pero no sin molestia, pues hubiera querido verme dispensada de ley común, conservando en mi vejez los atractivos de la juventud. Con frecuencia me olvi-